



Demasiado a menudo olvidamos que aquellos que viven con nosotros son un reflejo -quizá el más real- de la presencia de Dios, que nos interpela a ser mejores, es decir, a ser santos

En la reciente Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* el Papa **Francisco** recuerda la llamada que todos hemos recibido a la santidad en la vida ordinaria. Pero la santidad no se alcanza de forma individual. Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que *“Dios toma en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana”*. Para cada uno de nosotros, la vida ordinaria se compone de un mosaico de relaciones interpersonales.

Y el primer lugar lo ocupan las relaciones familiares. El esfuerzo de los esposos por vivir su compromiso matrimonial, enseña a los hijos a sobrellevar las dificultades y los cambios, e imprime la certeza de poder amar y ser amado con y a pesar de las limitaciones e imperfecciones propias y ajenas.

La santidad en el contexto familiar no se construye *desde el exterior*, con la multiplicidad de actos de piedad, o con la imitación de

comportamientos ejemplares, sino sobre todo *desde dentro* de la propia dinámica de la vida familiar: compartiendo las alegrías y los posibles sinsabores; sabiendo sonreír, olvidando las propias preocupaciones; escuchando al esposo o la esposa o a los hijos; pasando por alto desencuentros; poniendo cariño en los mil detalles que componen el mosaico de la convivencia diaria.

Hemos de ser capaces de descubrir en nuestra propia familia al “*santo de la puerta de al lado*”. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de nuestros seres más cercanos. Demasiado a menudo olvidamos que aquellos que viven con nosotros son un reflejo -quizá el más real- de la presencia de Dios, que nos interpela a ser mejores, es decir, a ser santos.

Montserrat Gas Aixendri

**Directora del Instituto de Estudios Superiores de la Familia UIC,
Barcelona**

Fuente: [Revista Palabra](#).